

Es una frase muy connotativa, precisamente, porque viene de Nicolás Berggruen, consejero delegado de Liberty Acquisition Holdings, con intereses en varios sectores y países. El responsable de Liberty tiene ahora su objetivo en los medios de comunicación y en España, con un acuerdo para invertir hasta 900 millones de dólares en PRISA/10.

10/ *El País*, 20/06/2010, pág. 24.

**Carmen Peñafiel** es profesora titular de la UPV/EHU y doctora en Periodismo



## 5. Redes y enredaderas en Internet

# La indolencia tecnopolítica de las ciencias sociales

Igor Sádaba y Ángel Gordo

Hasta fechas muy recientes la tecnología se contemplaba como un hecho neutro, extraño, autónomo. Apenas se había reparado en ella como un elemento intrínsecamente social hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. A pesar de reconocer y registrar las interacciones que podían tener un invento o una innovación en los ámbitos colectivos, siempre aparecía como un fenómeno externo, secundario. Coincidiendo con algunas aportaciones teóricas en los estudios sociales de la ciencia y la tecnología y el reconocimiento ciudadano del papel que la tecnociencia ha ido adquiriendo en nuestras vidas, se ha recuperado, en apenas dos o tres décadas, un discurso sobre la tecnología que reivindica su naturaleza política y su vínculo íntimo con la organización social en muy diversas escalas.

En ese sentido, consideramos que todavía, y especialmente en nuestras ciencias sociales, faltan trabajos y colectivos que se dediquen a perfilar desde dentro de los márgenes críticos (y su necesaria inquietud por la transformación social radical) esos nexos fuertes entre el campo de lo técnico y el universo político.

Durante gran parte del “largo siglo XX” la galaxia tecnológica comprendía un amplio espacio regentado por científicos de bata blanca o ingenieros punteros donde no se atrevía a poner el pie ningún científico social, menos aún el lego. Como mucho, en la primera mitad del siglo podía encontrarse algún compendio histórico o alguna recopilación gráfica que se remontaba a los orígenes del neolítico o a la revolución industrial y que trazaba la evolución cronológica del hecho técnico. Los fenómenos de ciencia y técnica poseían un valor explicativo escaso y su sentido social solo podía intuirse desde la analítica filosófica y la metafísica del momento como los acercamientos (“sospechosos”) de Heidegger sobre la *techne* o la mirada (igualmente marcada) de Ortega y Gasset. Por tanto, durante casi todo el siglo pasado, la tecnología no dejó de descifrarse o en términos puramente historiográficos y evolutivos o en términos sesgadamente ontológicos y mitológicos sin apenas ninguna invitación a reflexiones sociopolíticas no hegemónicas.

En consonancia con esta situación, la imagen arrastrada casi desde la Ilustración, que proyecta una ciencia y unos mundos técnicos ajenos y lejanos, distanciados del común de los mortales y asépticamente erigidos, conlleva aparejada la falaz consecuencia de su independencia y neutralidad. La apropiación teórica del campo tecnológico por parte de filósofos o historiadores (y, posteriormente, hasta por economistas) facilitó la construcción de un imaginario tecnológico muy particular, en su mayoría construido como ajeno a las condiciones históricas particulares o en relación a los sujetos sociales que la producían, la consumían e interaccionaban con ella.

La consecuencia inmediata era una representación de las tecnologías como objetos fríos aislados, emancipados y seguidores de un curso cronológico propio y necesariamente definido, sin solapamientos o trasvases con la estructura social en la que habitaban, incluyendo los enfrentamientos y luchas sociales. Durante mucho tiempo reinó, y hoy en día se mantiene en ocasiones, una cierta fascinación atávica que engulle todos aquellos cuerpos que se sitúan en el espacio científico y tecnológico fuera de los lindes sociales, presuponiendo una autonomía casi plena de los mismos con respecto a las dinámicas colectivas, culturales y políticas dominantes. Desde esa óptica, sólo se puede aspirar a una celebración constante de sus logros o a un lamento pasivo ante sus fracasos.

Salvo contadas excepciones, como las tesis CUDEO (comunismo, universalismo, desinterés y escepticismo organizado) de Robert K. Merton, o el estudio de la civilización material de la *Escuela de los Annales* y sus reminiscencias posteriores en la vertiente crítica británica de los estudios culturales de la Escuela de Birmingham, esta separación y destierro de las ciencias sociales, y por ende, los colectivos y movilizaciones sociales, llevaba aparejada la mencionada secuela evidente: el halo de fetichismo que envolvía a cualquier ele-

mento técnico era considerablemente espeso, dotando al entramado científico-tecnológico de un toque de soberanía e imparcialidad incuestionable que cortocircuitaba cualquier reflexión sociopolítica sobre la presencia técnica.

Durante todos esos años, la palabra del experto fue dogma de fe, convirtiendo la creación y utilización tecnológica en una liturgia laica sin parangón. En los epicentros de las ciencias sociales no había lugar para relatos alternativos o narraciones contradictorias con la visión oficial que proporcionaban las sagradas escrituras especializadas. Por todo ello, el consenso que generaba la asunción de una ciencia y una tecnología como cometas en vuelo libre y expansión que proporcionaban una mejora permanente del bienestar público no permitió apenas voces discordantes ni miradas laterales durante un largo periodo de tiempo. Sólo hacia los años 1960-1970, y bajo los auspicios de la revolución cibernética, se fraguan tímidos acercamientos al fenómeno tecnológico desde las ciencias sociales.

Observamos entonces, durante las décadas de los años 1980 y 1990, la consagración del *boom* de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología, donde proliferan miríadas de monografías y artículos sobre los aciertos y errores de la práctica científica, sobre la organización social de la investigación pura y aplicada, sobre las “cajas negras” aparentemente inaccesibles al ojo externo, sobre la construcción del hecho científico y técnico, sobre la nada neutral mano visible del experto y la comunidad en las controversias, sobre las guerras de la ciencia y los usuarios tecnológicos.

En este contexto surge el “programa fuerte” de la sociología de la ciencia y su preocupación por “objetivar” y contrastar los conocimientos científicos en sus especificidades sociales, y la teoría del actor-red con la idea de tratar a todo tipo de seres vivos- y máquinas- como iguales para hacer estudios sociales, a la manera en que se trata lo social, en un todo integrado donde artefactos y actantes se constituyen en la confluencia de elementos humanos y no humanos. A pesar de las veladas pero consabidas colaboraciones entre la tecnociencia y las ciencias sociales en el contexto previo a la Segunda Guerra Mundial y durante el periodo de la Guerra Fría, estos son los primeros y rompedores movimientos que salen del lugar enrocado y escabroso en el que se situaban ciencia y tecnología a los ojos de las ciencias sociales.

A la vez que se producían toda esta serie de alteraciones bruscas en el campo académico y en los entornos intelectuales de las ciencias sociales, el papel de las gentes de a pie, legos, nada glosados en los saberes técnicos, comenzaba a replantearse en sociedades tan dominadas por el campo científico-técnico. La figura del conocimiento público, más allá del control corporativo y del capitalismo cognitivo, ha renacido como ave fénix de sus cenizas, alcanzando un renombrado papel dentro de las dinámicas sociales de producción y distribución de conocimiento técnico y cultural

Hoy en día, lo técnico constituye, soporta y fabrica lo social o, en otros términos, lo tecnológico aparece como una incómoda cuestión social. Las elecciones, aparentemente imparciales y desinteresadas de los estándares técnicos o los aparatos que dominan la escena social, generan imposiciones, restricciones y prescripciones sobre la conducta social. Sería ingenuo negar que los sistemas técnicos se encuentran profundamente entretejidos con las circunstancias de la política contemporánea (industrialización y primer capitalismo tecnológico, guerras y destrucción masiva, medios de comunicación y fabricación de la opinión pública, modulación de las relaciones de género, etc.) y muy *naïve* pensarlos como vistosos pero pasivos decorados.

## **La tecnología es política por otros medios**

El corolario claro y evidente de lo expuesto hasta ahora es que la ciencia y la tecnología se han vuelto, parafraseando el eslogan feminista, políticos. Lo técnico es político en el sentido más profundo de la expresión en tanto su producción, distribución y consumo está íntimamente relacionada con las formas de organización de la vida colectiva bajo el capitalismo global. Tanto en su concepción, diseño y fabricación como en los modos en los que se interpreta socialmente su consumo, el tipo de tecnología que tenemos y utilizamos condiciona el tipo de relaciones que establecemos con los otros (y con nosotros mismos).

¿Quién no se ha preguntado, por ejemplo, sobre el protagonismo del coche, los móviles, la red y sus múltiples aplicaciones, o incluso las propias tecnologías médicas de intervención y diagnóstico? Y en el contexto actual, ¿qué administración o puesto de decisión ignora los beneficios sociales y económicos asociados a las aplicaciones tecnológicas basadas en código abierto, y los nuevos estilos de trabajo, relaciones y productividad asociados a los mismos? o ¿qué nuevas legislaciones serían necesarias para abordar las polémicas en torno a nociones de propiedad intelectual y capital cultural inmaterial?

Dentro de este redescubrimiento de la tecnología como política han tomado cuerpo de manera muy protagonista y enérgica, los movimientos a favor de un conocimiento abierto o libre optando por licencias, acuerdos o contratos que doten al saber tecnocientífico de un estatus de bien público y común. El reconocimiento definitivo de que el conocimiento técnico y los productos culturales deberían de ser bienes de acceso lo más universal posible y el cuestionamiento de la figura romántica e individualista del autor/inventor son dos cargas de profundidad contra la industria cultural y tecnología empresarial, componiendo una renovación conceptual muy potente.

Por primera vez en la historia, las vías de paso hacia el conocimiento se abren bajo el supuesto político de que es un derecho inalienable por encima de las propiedades inmateriales y las titularidades jurídicas (patentes y *copyright*) expedidas

por el derecho comercial a los propietarios del saber y las ideas. Los movimientos a favor del *software* libre, el *open source* o el código abierto representan materializaciones contemporáneas de una politización extrema de las nuevas tecnologías donde el objeto de lucha y conflicto ya no es una cuestión laboral o sindical, ni siquiera un aspecto de la vida ecológica o de las relaciones entre géneros, sino el lugar mismo de la tecnología en tanto centro de la convivencia política.

Igualmente, han desfilado en los últimos tiempos ante nuestros ojos grupos ciudadanos tomando parte en las controversias sobre los alimentos transgénicos, la clonación de seres vivos, el diseño de los automóviles, el acceso gratuito y universal a las redes inalámbricas, la producción de música, los nuevos modos de la creación cultural, la alteración de las relaciones de género mediante lo técnico, la ruptura de los binarios maniqueos de la modernidad occidental, las interacciones mediadas por móvil o el nuevo lugar de los jóvenes (auténticos “nativos digitales”) en dicho escenario. Un catálogo amplio de nuevos fenómenos en los que los movimientos políticos del siglo XXI ya pueden ser juez y parte de la deriva tecnocientífica.

En medio de este *impasse* irrumpen, con fuerza inusitada y efectos nunca previstos, los así llamados “nuevos medios” o medios digitales. A partir de los ochenta y noventa del siglo pasado, muchas esferas de la vida social aparecen abrumadoramente “tecnologizadas” y la mediación técnica de estos objetos, jamás vislumbrada con antelación, alteran significativamente las relaciones sociales en todas sus dimensiones. La marea digital ha barrido casi todo, reconfigurando muchos los vínculos sociales, alterando drásticamente algunas de las rutinas más asentadas y participando en movimientos sociales y transformaciones geopolíticas insospechadas como las recientes sacudidas políticas en diversos regímenes del Norte de África.

Las revueltas árabes (2010-2011), y su conexión directa con la expresión digital, han supuesto un jarro de agua fría para politólogos clásicos y expertos en relaciones internacionales del pasado que no aceptan estos nuevos modos de organización tecnocomunicativa de la protesta. Las acciones colectivas y populares que han tomado las calles de Libia, Egipto, Siria o Túnez han combinado de manera singular e intensa la vida cotidiana con las redes sociales digitales generando un híbrido de proporciones desconocidas cuyo resultado no fue predicho por ningún tertuliano, profeta o agorero. Ni mencionar, por tanto, la sorpresiva (o no tanto) labor de tejido movilizador que han realizado las redes sociales en el movimiento 15-M y su estructuración organizativa donde el correlato de la plaza tomada de Sol era una bulliciosa y abarrotada red digital. El esqueleto de las protestas de “indignados/as” ha sido el soporte tecnológico-digital de una manera como nunca había ocurrido hasta la fecha en nuestro país.

Sin embargo no nos podemos quedar en la elaboración de una larga lista de transformaciones como si por el mero hecho de enumerarlas ya bastara.

Además de dar cuenta de dichas dislocaciones se vuelve perentorio una descripción densa de las mismas y un replanteamiento conceptual de sus líneas de reflexión más sugerentes próximas a la acción y movilización social.

En esa doble confluencia de entrada en escena de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC) y de redescubrimiento por parte de las ciencias humanas y los movimientos sociales del papel de la ciencia y la tecnología como mediadores y configuradores del orden social es donde también tiene sentido descifrar los condicionantes culturales que predisponen al cambio tecnológico y los efectos que dicho digitalismo está teniendo en los procesos de transformación de las comunidades globales.

La “sociedad *on-line*” ha hecho saltar en añicos gran parte de las concepciones hegemónicas de lo que era la tecnología, cómo se difundía, cómo evolucionaba, cómo se diseñaba, dejando una hoja en blanco para reescribir las nuevas condiciones de uso, aplicación y difusión de lo técnico con respecto a lo social en todas sus vertientes. Pero también es útil para repensar muchos de los cimientos tradicionales sobre los que se erigen las mismas ciencias sociales que hacen uso y abuso de muchas ideas que comienzan a tambalearse o metamorfosear: la noción de comunidad, el papel de los vínculos débiles, las formas de construcción de subjetividad, la idea de agencia, las formas de acción colectiva o la estratificación social.

La mayoría de agoreros apocalípticos y profetas tecnológicos (McLuhan, Kerckhove, Toffler, Drucker, Ruskoff...) hicieron hincapié en el advenimiento de una sociedad hiperconectada, reticular, móvil o desigualmente tecnologizada pero siempre desde coordenadas muy macro o perspectivas cuasi-literarias (la ciencia ficción hecha teoría social). Los tertulianos de pro han continuado idealizando o demonizando lo técnico, retomando la mirada mistificante y cinematográfica (en el peor sentido de la palabra) como hemos apreciado en las movilizaciones “en el ágora digitales” así trasmitidas al mundo entero por los medios hegemónicos.

Poco se ha investigado sobre cómo operan socialmente las tecnologías en la estructura y en las desigualdades sociales, de qué manera interaccionan en la construcción de identidades y subjetividades, cómo se imbrican con las culturas locales o con las dinámicas tradicionales de comunicación. Tampoco sabemos en qué sentido la penetración masiva de las tecnologías sociales (o *social media*) conllevan una apropiación y redefinición de espacios y relaciones comunes aparentemente vaciados de inclinaciones políticas, veladamente promueven adaptación a órdenes y alfabetismos dominantes mientras se presentan como “lúdicos”, “neutrales”, “inocuos”.

La mayoría de estudios se han ensañado con los efectos de las nuevas tecnologías en los ámbitos clásicos: el empleo o la educación, por poner un ejem-

plo, siempre situando a los aparatos, innovaciones y artefactos en una especie de variable independiente que confecciona resultados a los que pasivamente nos adaptamos y padecemos. Por otra parte, vivimos, sólo en parte y desde sectores aún minoritarios, un momento de cierta madurez tecnológica entre ciertos segmentos cultural y tecnológicamente privilegiados, donde en vez de festejar un cambio de época o una ruptura histórica, debemos superar las alabanzas autocomplacientes para pasar a examinar qué transformaciones particulares acontecen.

Además, estos movimientos de pieza en el terreno de la ciencia y la tecnología y, huelga decirlo, en el puro terreno social y político, han sido tardía y escasamente estudiados. La recuperación de un discurso político de la tecnología en las ciencias sociales se ha plasmado en un cúmulo de pequeños pasos que lo iban conquistando lentamente. El panorama académico europeo (y anglosajón, fundamentalmente), como hemos mencionado, ha virado recientemente su mirada hacia estos nuevos procesos de imbricación tecnología-sociedad donde una multiplicidad de actores se posiciona originalmente.

También sería importante, por modesta que fueran las aportaciones, denunciar y oponer resistencia a la asimilación e instrumentalización de la cibercultura por sectores hegemónicos, y por tanto, al correspondiente vaciado de grupos y colectivos que apuestan y generan modos distintos de producción y colectivización del capital cultural. Se trataría de romper con visiones estereotipadas y confusas del mundo tecnodigital, ansiosas de grandes profecías o de miradas apocalípticas funcionales al mercado o a intereses sesgados para, en su lugar, ofrecer herramientas que ayuden a desmitificar, a comprender, a ensamblar piezas o a disfrutar reflexivamente de las novedades circundantes. De este modo deberíamos contribuir a fomentar y articular líneas de trabajo colectivas, para avivar la vigilancia hacia estructuraciones y procesos de marginación y exclusión social emergentes, además del pensamiento y acciones radicales, inherentes a la cultura digital al amparo, todos ellos, de empresas y lógicas totalmente volcadas en la red y sus tecnologías sociales.

**Igor Sádaba & Ángel Gordo** son profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Participan en Ciber-somosaguas [www.cibersomosaguas.com](http://www.cibersomosaguas.com)

*[Una versión amplia del texto se encuentra en [http://www.teknokultura.com/tkv8n1\\_gordo\\_y\\_sabada.html](http://www.teknokultura.com/tkv8n1_gordo_y_sabada.html). Teknokultura: Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales es un esfuerzo editorial de reciente reaparición con el cual se persigue “resistir la asimilación de los estudios sociales de la tecnología y la cibercultura por sectores hegemónicos y, por tanto, a que se relegue a grupos y colectivos que apuestan por modos distintos de producción y colectivización del capital cultural. Al igual que un laboratorio de experimentación – hacklab –, Teknokultura reúne esfuerzos colectivos con el propósito de profundizar en contenciosos tecnológicos, posicionarse ante los mismos e incitar ‘participaciones aumentadas’].*